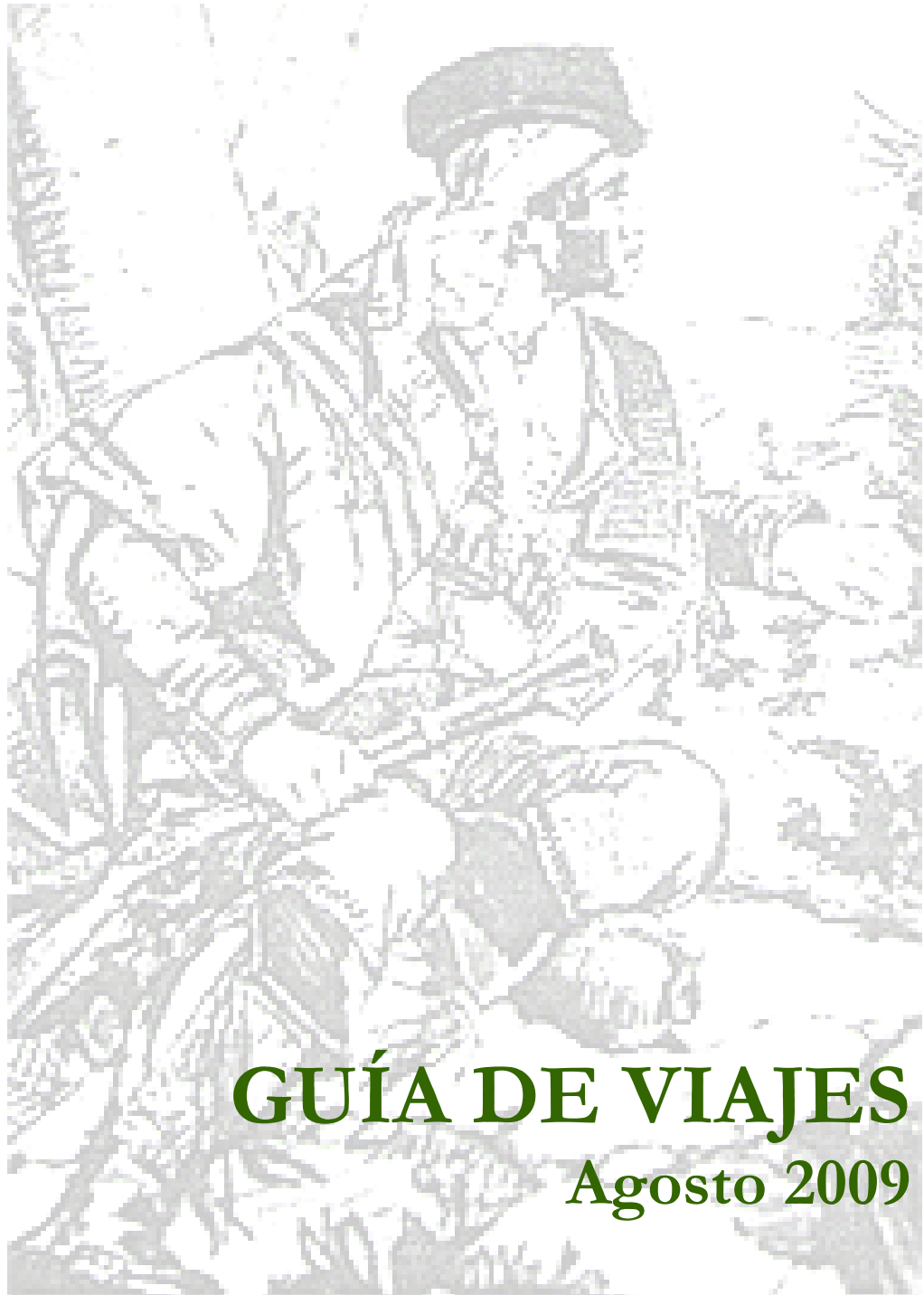


Bandoleros y caminos de la Sierra de Madrid.

Mito y realidad



GUÍA DE VIAJES

Agosto 2009



TORRE LATINA
CASA DE CULTURA



Patronato Madrileño de Áreas de Montaña
CONSEJERIA DE PRESIDENCIA, JUSTICIA E INTERIOR

Comunidad de Madrid

Índice Guía

I. PRESENTACIÓN

II. LITERATURA DE VIAJES
El bandolero y los Viajes
románticos

**III. BANDOLEROS DE LA
SIERRA DE MADRID**

IV. RELATOS

V. AUTORES

VI. BIBLIOGRAFÍA



I. PRESENTACIÓN



La historia del bandolerismo, a caballo entre los hechos históricos y la fantasía literaria, encontró su máximo esplendor en la época Romántica, cuando las fronteras entre novela, historia, poesía y leyenda eran muy permeables. Una circunstancia que marcó incluso el trabajo de los cronistas profesionales que a menudo cultivaron una historia más cercana a la imaginación que a los acontecimientos.

Con este punto de partida, y gracias a la cofinanciación del Patronato Madrileño de Áreas de Montaña, de la Comunidad de Madrid, realizamos durante el mes de agosto de 2009 un taller literario cuyo objetivo ha sido la edición y publicación digital de una guía de viajes por los caminos de la Sierra de Madrid. El resultado ha sido la obtención de dos partes; una de ellas nos relata hechos reales sobre los bandoleros que habitaron nuestra sierra madrileña así como los lugares por los que transitaron; la otra parte, el mito, consiste en un trabajo de creación literaria, que narra, mediante textos autobiográficos (memorias, diario, cartas, autobiografía, confesiones, diario de viaje, etc.) las historias que pudiesen haber acontecido en nuestros parajes serranos.

El trabajo se organizó de modo que los participantes eligieron para su desarrollo cualquier punto de la comarca, realizando una descripción real de los municipios, sus parajes naturales y su cultura endógena.

Finalmente, con los trabajos presentados y con la intención de que sigan aumentando, se edita esta guía de viajes digital, al más puro estilo de la época del “romanticismo” con el objetivo de motivar y promover nuevas inquietudes para que el visitante nos descubra, al tiempo que establecemos una plataforma para incipientes escritores de la sierra.





II. LITERATURA DE VIAJES

El bandolero y los viajes románticos

La literatura de viajes es un género poco estudiado, aunque particularmente activo en todas las épocas. Sin embargo, su connotación y sus características han variado en los distintos momentos de la historia. Hay quien considera el libro del Éxodo de la Biblia como un detallado y pormenorizado relato de una peregrinación (desde la salida de Egipto hasta la llegada al desierto del Sinaí); el viaje del hombre clásico, representado en la figura de Ulises, donde el hombre es expulsado a los mares y busca incansablemente su hogar, no es el mismo viaje del hombre moderno, inmerso en una búsqueda interior, o el viaje del hombre del siglo XIX (el gran siglo viajero), que inaugura lo que hoy día llamamos el viaje romántico.

La literatura de viajes experimentó en el s. XVIII un extraordinario auge, no sólo porque el hecho de viajar fuese más frecuente, sino también porque, movidos por el ideal de la Ilustración, los viajeros sentían la obligación moral de relatar las experiencias vividas para contribuir al progreso de la sociedad. A pesar de que España no era uno de los objetivos obligados en los viajes de los ilustrados europeos, fue visitada por numerosos diplomáticos, militares y comerciantes, que también plasmaron por escrito sus impresiones.

Estos viajeros foráneos del XIX, escriben sobre un país atrasado, inculto y supersticioso, al tiempo que criticaban severamente el estado de los caminos, las comunicaciones y las míseras e inhóspitas posadas. No obstante, fueron los mismos defectos hispanos que habían eliminado a nuestro país de los circuitos europeos, conocidos como la ruta ilustrada del Gran Tour, los que de repente, atraeron a la flor y nata de los literatos franceses, que buscaban una España de charanga y pandereta, plena de bandoleros. La historia del bandolerismo, a caballo entre los hechos históricos y la fantasía literaria, encontró su máximo esplendor en esta época Romántica, cuando las fronteras entre novela, historia, poesía y leyenda eran muy permeables.



Posada

El Parisino Próspero Mérimée dejó la novela más típica y más tópica de nuestro país en aquel s XIX “Carmen”. En su extensa obra literaria, además de revelar su admiración por el Prado, trató temas españoles que serían seguidos y exacerbados por multitud de compatriotas; como el prototipo de mujer española, representada por Carmen, la cigarrera sevillana, la influencia árabe en la península, las corridas de toros y sobre todo, los bandoleros.



Como contrapunto a tanta exageración hispana, cabe destacar el trabajo literario desarrollado por Charles Davillier. Este caballero de Napoleón III ayudó considerablemente a difundir por Europa la riqueza artística que todavía guardaba



España, a pesar del saqueo de las tropas napoleónicas durante la Guerra de Independencia. En alguno de sus viajes le acompañó el pintor Gustavo Doré. La revista *La Tour du monde* sufragó su itinerario por España. Doré, por su parte, se comprometió con las ilustraciones de una nueva edición de Don Quijote de la Mancha.

Don Quijote de la Mancha
Gravado de Gustavo Doré

En el caso de Antonio Ponz, su móvil para visitar nuestro país también fue artístico. Su *Viaje por España* contiene aspectos muy variados: la Mesta, los Jardines de Aranjuez, la despoblación, el ganado caballar, la situación económica del país. Son especialmente útiles las referencias al estado de los caminos por los que por los que viajó, así como el medio utilizado para cruzar los ríos y, por supuesto el itinerario que siguió. En este sentido, la literatura de viajes puede proporcionar datos muy interesantes sobre caminos concretos. En el tomo X, carta primera, recoge un viaje que realizó siguiendo el trazado de la actual N- I. “*Después de San Sebastián de los Reyes se atraviesa un pequeño monte encinar, y se descubre la ancha y dilatada vega por donde corre el río Jarama. Entre Alcobendas y El Molar hay una venta nueva, y después de pasado un riachuelo, que baja del lugar de San Agustín, empieza la serranía hasta el Molar, y de allí adelante*”. Tras hacer un inciso para hablar de las aguas de El Molar, continúa rumbo a Torrelaguna, de cuya entrada dice:

“*Sobre la puerta por donde yo entré en la villa hay un buen escudo de armas de Carlos V o de su padre, ya rey de España*”.



Vista de Torrelaguna donde se aprecia la puerta del acceso sur con escudo de armas descrita por Antonio Ponz

Merced a las descripciones de los viajeros románticos, muchos de ellos sin conocer siquiera nuestro idioma, y de la ignorancia popular, transformaron a los bandoleros en héroes legendarios valientes y justicieros, ayudados a veces por la imaginación de algunos escritores del país, tan desbordante como la de los visitantes. Richard Ford, viajero inglés autor de dos magistrales obras sobre nuestro país nos advertía que “*una olla sin tocino sería tan insípida como un volumen sobre España sin bandoleros*”. Y un elemento inconfundible que los representaba era el trabuco “*Los ladrones españoles van armados por lo general con un trabuco que cuelgan del arzón de la silla, de perilla muy alta, que lleva una cubierta de lana azul o blanca, como un símbolo de su deseo de esquilmar al prójimo*”.

En cuestión de bandoleros el camino de Burgos no va a la zaga, pues los alcaldes de Cabanillas de la Sierra, La Cabrera y Torrelaguna, informan de robos con violencia a arrieros, pasajeros e incluso al conductor del correo, que fue desvalijado entre las localidades de Fuencarral y Alcobendas. De principios del XIX conocemos los desmanes de Antonio Sánchez, más conocido por el mote de "Chorra al aire", bandido residual de la guerra de la Independencia, que comenzó capturando correos franceses, por las carreteras de Burgos, para terminar asaltando diligencias. En 1816 tuvo amedrentados a los habitantes de Alcobendas, La Cabrera, El Molar, Miraflores, Cabanillas y Torrelaguna. Tenía como punto de reunión la Venta de la Pesadilla, localizada en las cercanías de El Molar, que más que venta parecía ser refugio de ladrones. El 6 de julio de ese mismo año, después de un simple robo de unas piezas de tocino a unos arrieros en el Alto de los Leones, fue perseguido y localizado cerca del Escorial, apresado, conducido a Madrid y ajusticiado.

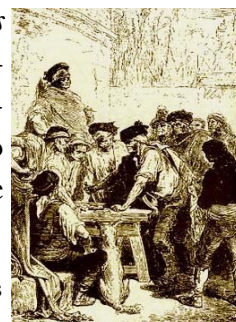
Viajar por la España del XIX y no sufrir un ataque de malhechores resultaba un tremendo desencanto para los viajeros. El célebre escritor danés Hans Christian Andersen, que viajara por España en el último tercio del XIX, nos dejó una




muy curiosa anécdota del francés Alejandro Dumas, durante su visita por España: *"Antes de llegar a España, Alejandro Dumas le envió a un conocido jefe de bandidos, un talón de mil francos para que preparase una emboscada sin mayor perjuicio ni pérdidas de vida. El bandolero contestó que había cerrado el negocio, pero del recibo del talón mandaba justificante."*

El viaje es una empresa peligrosa por muchas causas, y no sólo por los bandoleros, tal y como señala el viajero Teófilo Gautier: *"Un viaje por España sigue siendo una empresa peligrosa y fabulosa. Hay que exponerse, tener ánimo, paciencia y fuerza; uno pone en peligro a cada paso su vida; el peligro de ir por caminos realmente intransitables para cualquier persona menos para los conductores de mulas andaluces..."*. Josephine Brinckmann apunta *"¡Ay que carreteras! y a esto se le llama carreteras reales en España! En general los españoles viajan poco, y la mala fama de sus carreteras y albergues no atrae a los turistas"*.

Los testimonios de los viajeros han dejado constancia del estado de las ventas o posadas españolas, de dudosa seguridad y manifiesta suciedad. Richard Ford haría la más radical de las tipologías hoteleras en la España del XIX *"Las posadas de la península, salvo raras excepciones, se han clasificado desde tiempo inmemorial en malas, peores y pésimas; y como las últimas, al mismo tiempo que las más malas son las más numerosas y castizas, durarán hasta la eternidad..."*. De similar irónica opinión era la de Teófilo Gautier al tildar de "nuevos bandoleros" a los posaderos españoles asegurando que no era el camino donde estaba el peligro, sino más bien en el albergue, donde se despoja al desprevenido cliente sin armas, sino con la cuenta.



Reunión de bandoleros en la posada



III. BANDOLEROS DE LA SIERRA DE MADRID

El paso de los puertos del Guadarrama, siempre fue muy peligroso; desde la capitulación de Madrid por Alfonso VI existían partidas de moriscos musulmanes de Toledo que vivían del pillaje por estos lugares.

Los “Quiñones” eran una milicia caballerisca formada por jinetes, divididos por secciones, con el único y exclusivo fin de vigilar los desfiladeros de la Sierra. Se dividieron en cuatro cuadrillas: Rascafría, Oteruelo, Alameda y Pinilla. Impartían una justicia rápida, de horca y cuchillo y nos han dejado el Puente del Perdón y la Casa de la Horca en las inmediaciones del Paular como prueba de su trabajo.



Puente del Perdón
Rascafría

En las crónicas de Enrique IV de Castilla se menciona a Barrasa, siniestro personaje que asaltaba a los viajeros a su paso por el Guadarrama, que además de desvalijarlos, los desfiguraba el rostro.

Los años centrales del siglo XVII son momentos de recesión económica, crisis social y alzamientos políticos. En este ambiente tenemos constancia de varios sucesos protagonizados por cuadrillas de hasta 40 bandoleros, que robaban a mercaderes y asaltaban correos en los alrededores de la Corte. Incluso el famoso bandido valenciano Pere Andreu se acerca a Madrid con más de 30 hombres armados. En 1683, un buhonero residente en Madrid llamado Juan González “el Rubio”, de 26 años, aceptó sumarse a la banda de Martín Muñoz y Pedro Ponce para robar en las rutas de las inmediaciones a la capital. Estamos ante las dos bandas más espectaculares del XVII, con casi 100 hombres cada una. La banda del citado Ponce llega en abril de 1685 a la Sierra de Guadarrama, merodea por la campiña de Alcalá de Henares y termina matando al alcalde de Torrelodones.

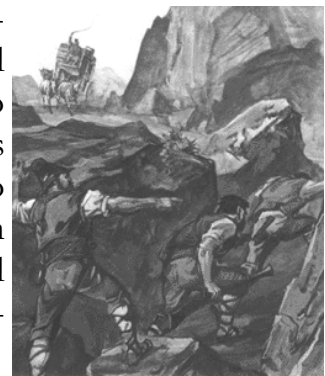
En las postrimerías, del siglo XVIII, actuaba por los alrededores del Puerto de Navacerrada, la banda de Manuel Rodríguez, conocido como ‘El Rey de los hombres’ zapatero, casado natural de de San Cristóbal de Cerqueda, 26 años. Integraban la banda su segundo, Juan de Nieva ‘Cabeza Gorda’, maestro del mismo oficio, casado, de Honrubia, 40 años; Miguel Ruvira, calesero, casado de Almazora, 53 años; Domingo Pacín, trabajador a lo que sale, soltero, de San Pedro de Frameán, 40 años; Fernando Rodríguez, revendedor de verdura en Aranjuez, casado, natural de El Carpio, 50 años; Jaime Torremocha, quincallero, casado, de Arriola, 43 años y Tomás Caudamo, oficial de albañil, casado, natural de La Puebla de Montalbán, 67 años. Se les imputan más de cien robos, cometidos la mayoría en los caminos de las inmediaciones de Madrid, y que afectaron a más de 500 personas “de todas clases y estados”. De ser exacta la información del proceso, tuvo que ser famosa la resistencia que tres de estos bandoleros ofrecieron a la justicia de Navacerrada y Cercedilla; fueron cercados el 18 de marzo de 1792 por más de cuatrocientos hombres entre tropa y paisanos, ofreciendo una feroz resistencia, hasta que fueron abatidos.



Picota,
El Berrueco

En esta época, las autoridades de Pozuelo, Torrelodones, El Escorial, Galapagar, Guadarrama y Navacerrada, tras referir diferentes asaltos en sus términos municipales, piden ayuda a la tropa para erradicar los continuados robos, ejecutados por hombres armados, haciéndose tan terribles que tienen aterrados a los vecinos con sus atropellos. No va a la zaga el camino de Burgos, pues los alcaldes de Cabanillas de la Sierra, La Cabrera y Torrelaguna, informan de robos con violencia a arrieros, pasajeros e incluso al conductor del correo, que fue desvalijado entre las localidades de Fuencarral y Alcobendas.

De principios del XIX conocemos los desmanes de Antonio Sánchez, más conocido por el mote de "Chorra al aire", bandido residual de la guerra de la Independencia, que comenzó capturando correos franceses, por las carreteras de Burgos, para terminar asaltando diligencias. En 1816 tuvo amedrentados a los habitantes de Alcobendas, La Cabrera, El Molar, Miraflores, Cabanillas y Torrelaguna. Tenía como punto de reunión la Venta de la Pesadilla, localizada en las cercanías de El Molar, que más que venta parecía ser refugio de ladrones. El 6 de julio de ese mismo año, después de un simple robo de unas piezas de tocino a unos arrieros en el Alto de los Leones, fue perseguido y localizado cerca del Escorial, apresado, conducido a Madrid y ajusticiado.



Asalto a un diligencia

En 1838, la Tuerta, una mujer chalana de oficio, que vestida de hombre asaltaba a los que pasaban por el Alto de los Leones, contó sus aventuras al viajero inglés Geoges Borrow, quien nos las narra en su libro "Los Gitanos en España".

Especialistas en el robo de diligencias, fue Pablo Santos, conocido como "el Bandido de la Sierra", que se refugiaba en la Pedriza, por los alrededores de Cancho Centeno. Su fama llegó a ser tal que según cuenta Bernaldo de Quirós, hasta el archiconocido Luis Candelas no quiso inmiscuirse en su zona de actuación. Era violento y de codicia desmedida; el más sonado de sus delitos fue el asalto al coche de correos de Madrid a Bayona, conocido como la Mala de Francia, derivando el nombre de la deficiente pronunciación del vocablo inglés "mail" y el secuestro del hijo de una acaudalada dama de El Boalo, Braulia del Valle, que hubo de pagar importante rescate. Pablo Santos murió en un ajuste de cuentas con su segundo, Isidro "El de Torrelodones", por desavenencias en el reparto del botín de un robo. De él nos queda su memoria en un famoso árbol llamado "el Alcornoque del Bandolero". Dice la leyenda que este bandolero utilizó este peculiar alcornoque para esconder los botines que acaudalaba por sus actividades delictivas.



El alcornoque del bandolero,
La Pedriza.
En alusión a Pablo Santos,

Francisco de Villena, conocido como Paco “el Sastre” anduvo por estas sierras después de haberse fugado de la cárcel del Saladero de Madrid. Su golpe más sonado fue el secuestro de los hijos del Marqués de Gaviria en 1839, valiéndose de la estratagema de recogerlos a la puerta de su colegio, en la calle de Hortaleza en Madrid, haciéndose pasar por el cochero habitual del Marqués y conduciéndoles a la Pedriza, dónde se refugió, e hizo que un pastor de Manzanares llevara al Marqués una carta pidiendo un rescate de tres mil onzas de oro por la vida de los niños. Antes del pago, la partida de bandidos fue cercada en los alrededores del canto del Tolmo por soldados del Regimiento de la Reina Gobernadora que fueron guiados por el encargado de la fábrica de papel de Manzanares, conocedor de la zona. “El Sastre” pudo huir, pero un año después fue localizado en Madrid, mientras paseaba despreocupadamente por el Rastro, siendo detenido, encarcelado y condenado a muerte, cumpliéndose la sentencia en el patíbulo habitual del paseo de Pontones, en las cercanías de la Puerta de Toledo.



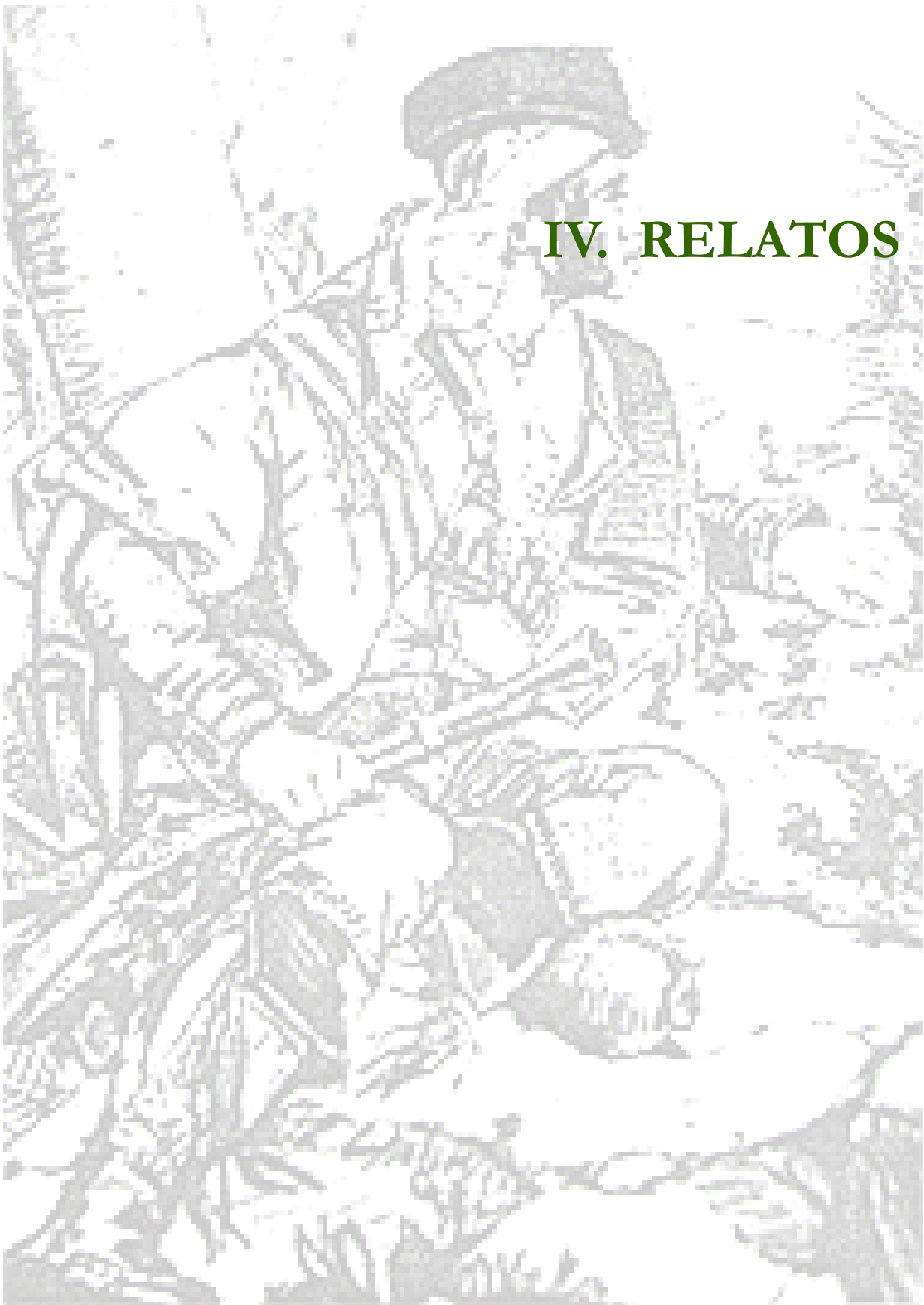
Francisco de Villena,
Paco “el Sastre”

En 1854, la creación de la Guardia Civil y la posterior utilización del telégrafo, consiguió poco a poco, que los robos cometidos no quedaran impunes.

Fernando Delgado Sanz conocido como “el Tuerto de Pirón”, fue el último de los grandes forajidos de la comarca. Sus correrías comienzan como cuatrero, robando ganado que luego vendía a chalanés de paso por la comarca y tratantes de las ferias de Pinilla y Buitrago. Más tarde forma partida con otros pillos comenzando los asaltos a personas que transitaban por los caminos del Valle del Lozoya, no fue muy dado al asesinato y solo se cuenta en su haber la muerte de un compinche por ajuste de cuentas. Su más sonado robo lo realizó en 1880 desvalijando la iglesia de Tenzuela de Segovia penetrando en ella tras escalar su alta torre, la hazaña fue recogida por la prensa de Madrid que le dio fama. Pasó más de quince años esquivando a la justicia, escapando hábilmente de los cercos y escondiéndose en parajes recónditos, durmiendo al abrigo de canchos y chozos abandonados por los pastores. Fue detenido en Rascafría al ser denunciado por un fabriquero, conducido a la cárcel de Segovia, huye de ella y finalmente fue detenido en 1882 por la Guardia civil, condenado a cadena perpetua, muriendo en 1914 y pasando a la historia por ser el último bandido del Guadarrama.



Fernando Delgado Sanz,
“el Tuerto de Pirón”



IV. RELATOS

[Carta]

4 de julio de 1816

Querida hermana: Mañana nos internaremos en la zona conocida como La Cabrera. En la posada nos han hablado de un faccioso, un tal Antonio Sánchez, que tiene amedrentados a los vecinos. Lo conocen como “Chorra al aire”. Eso me ha contado entre picardías y guiños la mujer del posadero, pero no ha querido decirme más. “Ya sabe...”. Y claro, yo no sé nada. No sé si pensar que se pone cabeza abajo en camisón como don Quijote, o cosas peores.

Intentaré entrevistarme con el tal Sánchez, para hacerle un boceto para mi colección de “tipos pintorescos de España”. Me han señalado un intermediario para pactar con él un encuentro, pero creo que dista mucho en su forma de ser de otros bandoleros. Su apodo ya alude a algo ofensivo, así que no sé lo que me voy a encontrar. Ya te contaré...

Manuel, el conductor de la diligencia, me ha informado de que cerca de la localidad de El Berrueco existe un Corral del Contrabandista, conocido así por ser lugar de reunión de bandidos, pero que no tema porque llevamos las mejores mulas y, además, hemos pagado un estipendio para que nos dejen paso franco. De todas formas, como me recomendaron nuestros amigos, llevo mi pistola Lepage bajo las faldas y tú sabes que yo soy una buena tiradora.

El paisaje por aquí es hermoso: tomillares, romeros, espinos...Muy diferente del inglés. Los nombres son muy sonoros y estoy aprendiendo y apuntando muchas palabras nuevas: alfolí, alhóndiga, egido, dehesa...Algunos dan miedo y resultan un poco truculentos: por ejemplo, hay un arroyo de Matachivos, una Peña la Horca, un Portillo del Lobo o la Almenara de Matamulos. Me han dicho que el grito de guerra de los bandoleros es “Que te tiro, que te mato”. Espero no oírlo durante todo el viaje.

Si hubiera venido el primo Robert, ese irresponsable cabeza loca, ya nos habría convencido para llegarnos a caballo hasta las atalayas, unas torres de piedra en lo alto de las colinas que dicen del tiempo de los árabes. Los lugareños no les dan ninguna importancia y recogen las piedras caídas para arreglar los muros de sus casas.

En cuanto a la comida, que me preguntabas en tu carta, ya sabes que tengo un estómago a toda prueba y que no soy muy escogida, pero al final de cada comida tengo que pedir un té silvestre con aguardiente para poder hacer una buena digestión. Aquí más vale no ponerse enferma, porque los médicos, tengas lo que tengas, enseguida te sangran y te ponen unas sanguijuelas.

No sé qué más contarte. Intentaré escribirte de nuevo mañana, cuando paremos en la posada, pues en la diligencia, con el traqueteo por estos caminos de Dios, o, más bien, del diablo, es imposible.

Afectuosamente tuya, tu hermana Carolyn.

[Cartas a Francisco]

En Torremocha de Jarama, 18-4-1854

Querido Francisco.

Hoy ha amanecido un día triste, gris. El viento de la noche ha traído las nubes de las montañas, cargadas de agua, y no han parado de descargar desde temprano. Pero eso no ha impedido que me ponga la zamarra y salga a caminar. Tula, la perra que me hace compañía desde que me instalé en Torremocha, también se ha animado a acompañarme, quizá para despegarse ese calor que no la ha dejado correr los días pasados. Así hemos salido los dos decididos a seguir descubriendo los caminos de esta sierra que ahora nos acoge.

Salimos del pueblo en dirección a las montañas que ahora se llenan de las piedras que se están utilizando para construir el que, dicen, será el canal que lleve las aguas al sediento Madrid. Habrá que verlo. El camino está bien pisado, se trata de la vía de comunicación con el pueblo al que me dirijo, Torrelaguna, la cuna de Cisneros que dicen merece la pena visitar. El camino se puede hacer en la diligencia que une las pequeñas poblaciones con la mayor, que es Torrelaguna, y con Madrid. Pero tiempo me sobra, y prefiero contarte los paisajes desde el camino, y no sobre ruedas. Aunque dicen que estos caminos son algo peligrosos, abundan bichos pocos amistosos, y algún que otro ratero. Pero como tengo poco que ofrecer, no creo que se molesten en buscar a este pobre viajero. Y menos aún estos días, pues desde que se iniciaron las obras del futuro canal, estos caminos son bastante frecuentados, por trabajadores y por soldados, lo cual ahuyenta, imagino, a los rateros con pocos recursos de la zona.

Continúo por el camino siempre frente a las montañas, y paso, antes de llegar al cruce con el camino hacia el reino de Patones, por delante de la caseta del guarda de caminos, al que por cierto, no encuentro por ningún lado, y sigo mi paseo sin poder disipar mis dudas sobre lo que me voy a encontrar más adelante. Enseguida llego al cruce, y giro a la izquierda; dejo la visita a Patones y a la nueva presa para tiempos mejores. Y poco a poco, entre viñedos, olivares y campos de trigo, que en esta primavera están más verdes que en años anteriores por las abundantes lluvias, al menos eso dicen los lugareños con los que pasé la tarde de ayer.

Como te he dicho, no camino sólo, no sólo me acompaña Tula, también el ir y venir de canteros con carros llenos o vacíos de vuelta de la obra, con operarios y sus herramientas, con soldados a caballo escoltando algunos carros cargados de presos. Pero lo que más me llama la atención son las mujeres que portan sobre sus cabezas las cestas con los alimentos que sus hombres necesitan en las obras. Se paran unas a hablar con las otras, charlan sobre el tiempo y las enfermedades, sobre niños, sobre mozos las jóvenes casaderas, sobre los peligros de los caminos, y sobre bandidos, asaltantes y demás rufianes con los que no pocas sueñan encontrarse.

Si supieras Francisco lo que me entretienen el camino estas mujeres. Pero eso te lo cuento en otra carta, que ya me extiende demasiado.

Poco más de 3 horas tardo en llegar a la Villa, entrando por la cuesta de la Soledad, en la que paro para dar gracias por el buen camino en la ermita del mismo nombre. Parece que el tiempo me va a acompañar en mi paseo por Torrelaguna, cuyo relato te haré en otra carta, que ya es hora de que mi peluda acompañante y yo descansemos de este día.

Me despido de ti desde estas tierras que me han acogido. Manuel.

En Torremocha de Jarama, 21-4-1854

Querido Francisco.

Desde el día pasado no ha dejado de llover, lo que me ha impedido salir con la frecuencia que deseaba. Pero hoy lunes ha amanecido el cielo despejado, y no lo he dudado, me he puesto en marcha para conocer la Villa de Torrelaguna en día de mercado. Por supuesto que el pueblo se transforma, dicen que incluso el día anterior, pues las gentes de los alrededores aprovechan el domingo para asistir a la Misa Mayor en la estupenda iglesia de Santa María Magdalena.

Me he levantado con el alba, y me he puesto en marcha, dispuesto a disfrutar con los olores y sonidos de una Villa que respira historia por todas sus piedras. Entro en la población por el mismo camino de la Soledad y hago la parada obligada para agradecer a la Virgen su protección. Después me dirijo a la que dicen fuente de la Hontanilla, situada en la margen derecha del que llaman arroyo Matachivos, y que sirve de abrevadero al ganado de paso por el arrabal de Torrelaguna. Allí me siento a hablar con otros que como yo hacen un alto, y compartimos buen pan de la tierra y buen vino, historias sobre personajes ilustres, y personajillos no tan ilustres. Todas ellas me servirían para llenar un libro.

Continúo mi camino y cruzo el arroyo por uno de sus puentes de piedra, en otros tiempos en mejor estado, y me encuentro con las piedras de la que fue la protección de la Villa, hoy perdida tras el paso del enemigo vecino. Ya se oye el revuelo de vendedores y carretas, a pesar de no haber cruzado todavía ninguna de las puertas que de acceso. Hago mi entrada en la Villa por la puerta que llaman del Cristo de Burgos, y me dirijo hacia el hospital de la beneficencia, al que llegan los enfermos de los lugares cercanos y ahora los que no soportan el duro trabajo en las obras del canal de la Reina.

Me paro a contemplar los escudos que decoran la puerta por la que acceden los carruajes que transportan a los enfermos. Son la identidad de quienes pusieron su poder al servicio de los que lo necesitan. Continúo por la calle que me conduce hasta la plaza en la que se celebra el mercado; una plaza hermosa, formada por la iglesia de Santa María Magdalena, el edificio que alberga la casa consistorial y la cárcel, y la casa de los Bernaldo de Quirós y el convento de monjas que ellos mismos ayudaron a fundar. Me sorprende al entrar en la iglesia, que sobrecoge al visitante con sus imágenes, iluminadas con la luz que se filtra por las ventanas de la parte superior.

Me siento en un banco simplemente para intentar comprender cuál es el misterio de tanta belleza. Aún ahora, cuando te escribo, no consigo entenderlo. Enseguida salgo; mi compañera de paseos, Tula, espera fuera, deseando que prosigamos nuestros descubrimientos, pues ha resultado ser una perra muy curiosa.

El bullicio de la plaza me acoge de nuevo; veo puestos de todo, pero no me decido a comprar nada, aunque muchas cosas me tientan, pero mi necesidad es poca. Decido alejarme un poco del centro, y paseo por las calles, entre palacetes y casonas blasonadas, que me conducen hasta el maltrecho monasterio que en su día levantara el Cardenal Cisneros, allá por el siglo XVI. Pero poco nos queda hoy de aquello pues los franceses no quisieron que su paso por estas tierras cayera en el olvido, y no se ha podido recuperar a pesar de los esfuerzos que dicen hacen los monjes que aún quedan.

Y así, dando vueltas por esta hermosa población, descansando en sus calles, y hablando con unas gentes que al principio se muestran reticentes con el forastero, pero luego se animan a la charla, paso la jornada de mercado. Decido, aconsejado por un paisano, hacer noche en la Villa, pues los caminos, en la oscuridad, se complican con las alimañas de cuatro y dos patas, y me alojo en una pequeña posada junto a mi compañera peluda. Mañana será otro día.

Se despide. Manuel.

En Torremocha de Jarama, 23-4-1854

Querido Francisco.

He dedicado mi tiempo y mis energías a pasear por los alrededores de Torremocha, pero poca atención he puesto en este pueblo que me sirve de residencia temporal. En realidad, como bien sabes, lo que más me interesa de los lugares son sus gentes, porque en definitiva son quienes conforman esos lugares. Por eso he decidido quedarme tranquilo en este pequeño pueblecito, y salir a charlar por aquí y por allá para hacerme una idea de cómo se vive en él.

Esta mañana me he acercado a lo que llaman las cuatro calles, que no es más que un cruce de calles en el centro del pueblo, y lugar de encuentro en las horas ociosas. Y allí que me he sentado a esperar. Enseguida ha aparecido un grupo de mujeres en el que unas y otras charlaban animadamente. Sobre sus cabezas algunas llevaban un cesto lleno de ropa, mientras que las otras tiraban de un asno que llevaba las alforjas llenas. Al llegar al cruce de calles el grupo se ha separado, unas se han seguido de frente, hacia la fábrica de harinas, y otras han tomado la calle de la derecha, hacia el lavadero. Un poco indeciso al principio, he preferido unirme al grupo de las lavanderas, porque al tratarse de mujeres más mayores he pensado que quizá pudieran contarme más cosas sobre otros tiempos, y además no serían tan reacias a la presencia de un forastero. Y con mucha cautela les he pedido permiso para unirme a su grupo. Al principio se han extrañado, pero una de ellas me ha identificado como “el forastero que se aloja en casa del Mariano”, y todas las demás han cedido a mi petición.

De todas formas, les parece muy extraño que un hombre se interese por sus labores, pero no les molesta. Así las he acompañado al lavadero, construcción muy moderna para un pueblo tan pequeño, pues cuenta con una buena canalización e incluso un tejadillo protege a las mujeres del mal tiempo. Pero en realidad lo más interesante es la conversación que mantenían estas mujeres mientras lavaban. Al parecer una de las muchachas del pueblo, que no estaba presente, se había encaprichado de un mozo poco recomendable: un bandolero, como llaman por aquí a los asaltantes de caminos, de los que te hablaré más detenidamente en otra ocasión. La muchacha había ido un día sola a cuidar el rebaño de su familia, pues su padre y su hermano habían tenido que ausentarse del pueblo por unos días. Mientras descansaba bajo un árbol, y según cuentan las vecinas que contó ella, apareció un jinete sobre un caballo negro. El mozo, joven, iba vestido con chaquetilla, chaleco y fajín, además de capa que utilizaba para ocultar el rostro. La muchacha se asustó, pero le pudo la curiosidad, pues en lugar de salir corriendo, se quedó al lado del rebaño para descubrir si era cierto aquello que contaban de los asaltantes de caminos. El jinete paró su caballo al lado de la muchacha, descabalgó y se acercó bajando la capa para descubrir un rostro que dejó sin habla a la muchacha. Según cuentan las mujeres del lavadero, al bandolero, al verla, sonrió, se acercó al rebaño, y sin mediar palabra tomó una de las ovejas, se la echó a los hombros, y volvió a montar.

Antes de escapar al galope, se volvió para echar un último vistazo a la muchacha, que se había quedado muy quieta junto al árbol por miedo a sufrir algún daño si se movía. El jinete desapareció en dirección a las montañas, y desde entonces la muchacha no quiere apartarse de su rebaño, con la esperanza de volver a ver al misterioso bandolero.

En realidad te cuento esta historia porque no es la primera vez que escucho un relato parecido desde que me acerqué a estas tierras. Parece ser que la realidad se mezcla con las fantasías de gentes que no han salido de su pueblo, y precisan de experiencias distintas para soportar su monótona existencia. Yo, de todas formas, tomo nota, pues también se llega a conocer a un pueblo a través de su imaginario. Por hoy te dejo, pues ya es tarde y mañana espero salir a caminar temprano para acercarme a las tierras de labor y charlar con los campesinos.

Se despide. Manuel.

[Diario de viaje de Lady Houghton]

Lunes, 8 agosto de 1840

Para viajar más cómoda y más despreocupada, he adoptado vestimenta de hombre.

Mi uniforme de viaje no dista mucho del que se atribuye a los bandoleros: sombrero puntiagudo, chaqueta bordada, chaleco de terciopelo con botones de filigrana, faja de seda roja, pantalón de pana, botas de cuero y la sempiterna capa. Lo único que no llevo es el trabuco, una escopeta de boca ancha que dispara en abanico y causa por ello gran daño. Lo he cambiado por un cuchillo de monte de buen filo.

La noche en la posada fue tranquila. Al llegar, el patio estaba ocupado por carruajes de todo tipo y condición. Arriba, en las habitaciones, el hedor de los establos se unía al de las personas, arrieros, pastores y trajinantes, con lo cual el olor era fétido y nauseabundo. Tras la cena, inacabable y cocinada con aceite rancio y abundante ajo, los viajeros empezaron a contar historias atroces de ladrones, asaltos y botines, que no me dejaron dormir las apenas cuatro horas de duermela sobre unos tablones forrados de tela hasta que nos despertó el mozo. En España, por los caminos oficiales, sólo se viaja entre las tres de la madrugada y las diez de la noche, dicen que para prevenir el ataque de los bandidos.

Así que a las dos vino a despertarnos el mozo para ponernos en marcha. Aún con los huesos molidos, me vestí como pude para volverme a meter en esa caja que es la diligencia como si fuera el arroz de un sonajero. A pesar de los peones camineros, en estos caminos de tierra y de arena hay diez baches por cada legua, riesgo siempre de volcar porque se conduce a galope tendido, y nunca se sabe cuándo se llega porque no hay mojones ni postes para calcular.

Tras atravesar Sieteiglesias, cruzamos sobre un puente medieval donde pagamos personas y bestias, y en la Fuente de los Carreteros paramos a abrevar a las mulas. Camino de Torrelaguna, vislumbramos a lo lejos la atalaya de Arrebatacapas, una torre en ruinas en un lugar ventoso muy propio para hacer volar a los viajeros sus gabanes de viaje. Dejamos atrás molinos, canteras y calerizas, rebaños de cabras y ovejas, dehesas de vacas y bueyes.

En el paisaje, alternaban encinas, alcornoques y fresnos, retamas, jaras, y cantuesos. Yo, a pesar de los saltos y agitaciones, era feliz. Me gustan los caminos y las personas, y el ir disfrazada y desprovista de mi condición de mujer, me hacía ser libre para observar e intervenir en las conversaciones sin que la aquiescencia o la galantería masculina pusieran cortapisas a la opinión desenfadada de mis compañeros de viaje. Estos hablaron de todo lo humano y lo divino, en especial de los dineros y la política. También de toros.

[Memorias del barón de Promenade]

1838

Haciendo memoria, en agosto, me veo viajando por el centro de España, con un calor infernal, entre trigales, despoblados y dehesas. Me viene ahora a las mientes una jornada por la sierra de Madrid.

A todo galope, recuerdo que dejamos atrás un ventorrillo, de nombre *Las Pulgas*, que decían ser un lugar de reunión de los espías de los bandidos que por aquella época se ocultaban entre los pedriscos.

En El Berrueco, la diligencia se detuvo junto a la Picota, una columna de piedra donde solían exponerse las cabezas de los ajusticiados a la vergüenza pública como ejemplo y escarmiento para aquellos que pensaran ir por el mal camino. Sólo de imaginarlo, se me ponen los vellos de punta.

Tres leguas de posta más allá, en Torrelaguna, aún se veían los destrozos de las tropas francesas en la muralla y el monasterio franciscano. Me impresionó la iglesia de Santa María Magdalena, casi una catedral. Entramos en la villa atravesando por el barrio del Arrabal, siendo detenidos en la Fuente Gorda por un rebaño de ovejas que habían ido a abreviar.

Aún no me explico cómo los españoles pueden comer tanto. En el lúgubre comedor de la posada, nos sirvieron una cena excesiva digna de un regimiento: olla, sesos escabechados, guisado de perdices, huevos estrellados, y así hasta ocho platos. Todo aliñado con salsa, la misma, y grasiento, muy grasiento. Recuerdo que me pasé la noche regurgitando y como si tuviera una jaca sentada en mi tripa. A pesar del aguardiente y el vino servidos a discreción.

De madrugada, una de las pasajeras, madame de la Tour, pidió al cochero que parara unos instantes en la ermita de Nuestra Señora de la Piedad, junto al río Jarama. Al parecer, en junio, se realiza aquí una romería en honor de San Isidro labrador, el santo “que quita el agua y pone el sol”, y su mujer, Santa María de la Cabeza. Lástima no poder disfrutar de una fiesta popular llena de pintoresquismo y color local. Me hubiera servido para redactar una de mis *estampas* para el periódico.

Tampoco tuvimos la fortuna de darnos de bruces con ningún bandido. “Ya no hay más José Marías que visitan a las gentes importantes e intercambian saludos con ellas cuando se encuentran inesperadamente en los caminos”, me dijo un viajero que solía arriesgarse por Sierra Morena, feudo del “Tempranillo”, al menos una vez al año. Al parecer, este había sido muerto algunos años antes en una emboscada por un antiguo compañero de fechorías, en un cortijo cerca de Málaga.

La última estampa del día, unas lavanderas recortándose a contraluz sobre el río mientras el sol desaparecía en el horizonte rojizo.

[SABE DIOS]

¡Cómo sube la ladera el endemoniado! Échate un traguito Tomás, que esto no acaecerá otra vez. ¿Cuántos años hace ya que no bajas con el ganado a la Extremadura?... Ya te olvidaste el oficio, te has hecho mejor ladrón que los gitanos que te sisaban la oveja gorda.

¡Qué calor, Jesús! Pronto se agostan los ballicares: mucho calor ha venido, perdiguero.

En cuanto corone el pastor echaremos un cigarrillo. ¡Buen zagal es el muchacho!

¡Qué me cuentas, Perdiguero!, y antes repara en lo que dices, que no compro nada de ganga. No me fío, ayer bajé por el Collado del Medio Celemín y varias caballerías de miqueletes abrevaban en la Laguna del Carrizal. No me fío.

¿Y dices que se ha puesto a servir a un caballero inglés que estudia piedras? Pues en esta sierra de La Cabrera no faltan ¿Qué pinta tiene el criado?

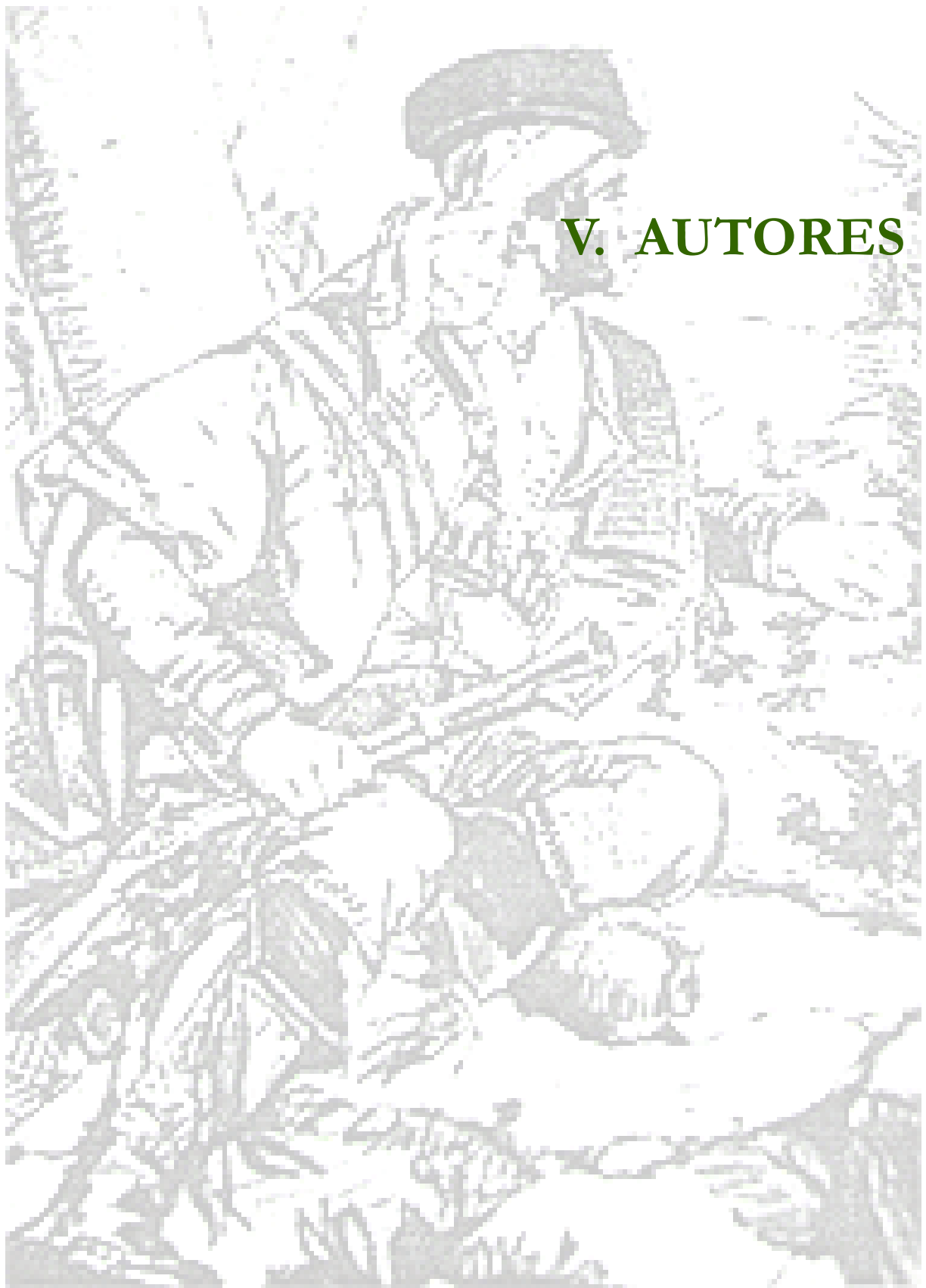
Un lord que busca piedras llevará buen reloj de oro, y una bolsa de mucho peso; de seguro hará noche en la Posada de Cabanillas, perdiguero, que ésa es casa de mucho aseo.

Esas nubes traen agua. ¡Qué calor, Jesús! Pues señores, si decidido está el inglés a abandonar el camino real, a la mañana echaremos un paseito a la Tumba del Moro. Tan seguro estoy que por allí pasará, si gusta de piedras, como que aquellos buitres que vuelan sobre el Cancho Gordo se comerán mis ojos si no me hacen pedazos antes para pasearme por las puertas de Madrid. ¡Mala vida, Perdiguero! Ya está aquí el pastor, ¿Has oído zagal? ¡Echa un traguito, que corra el hilillo de vino al gaznate! Zagal, nos quedamos en las ruinas del castro del Cerro de la Cabeza, que esta noche no hay otra fonda para esta ralea. Desde aquí dominamos el camino real.

Y tú zagal, carea la Dehesa de Roblellano, al pie de la Tumba del Moro, y mantén los ojos y los oídos bien abiertos esta noche; si escuchas caballerías haz sonar la flauta serrana. Bien sé que los migueletes me quieren armar una trama y atarme la cuerda.

Y has dicho, Perdiguero, que el criado llevaba una escopeta de dos cañones y una buena cantidad de pólvora inglesa...pues amigo de la caza es. No me fío, esos ingleses son un punto más listos que el diablo. Me figuro que no ha de viajar sólo, que a menudo he visto que forman cuadrilla, y bien armados. ¡Sabe Dios! Este calor me hace volver loco.

23 de septiembre de 2009.



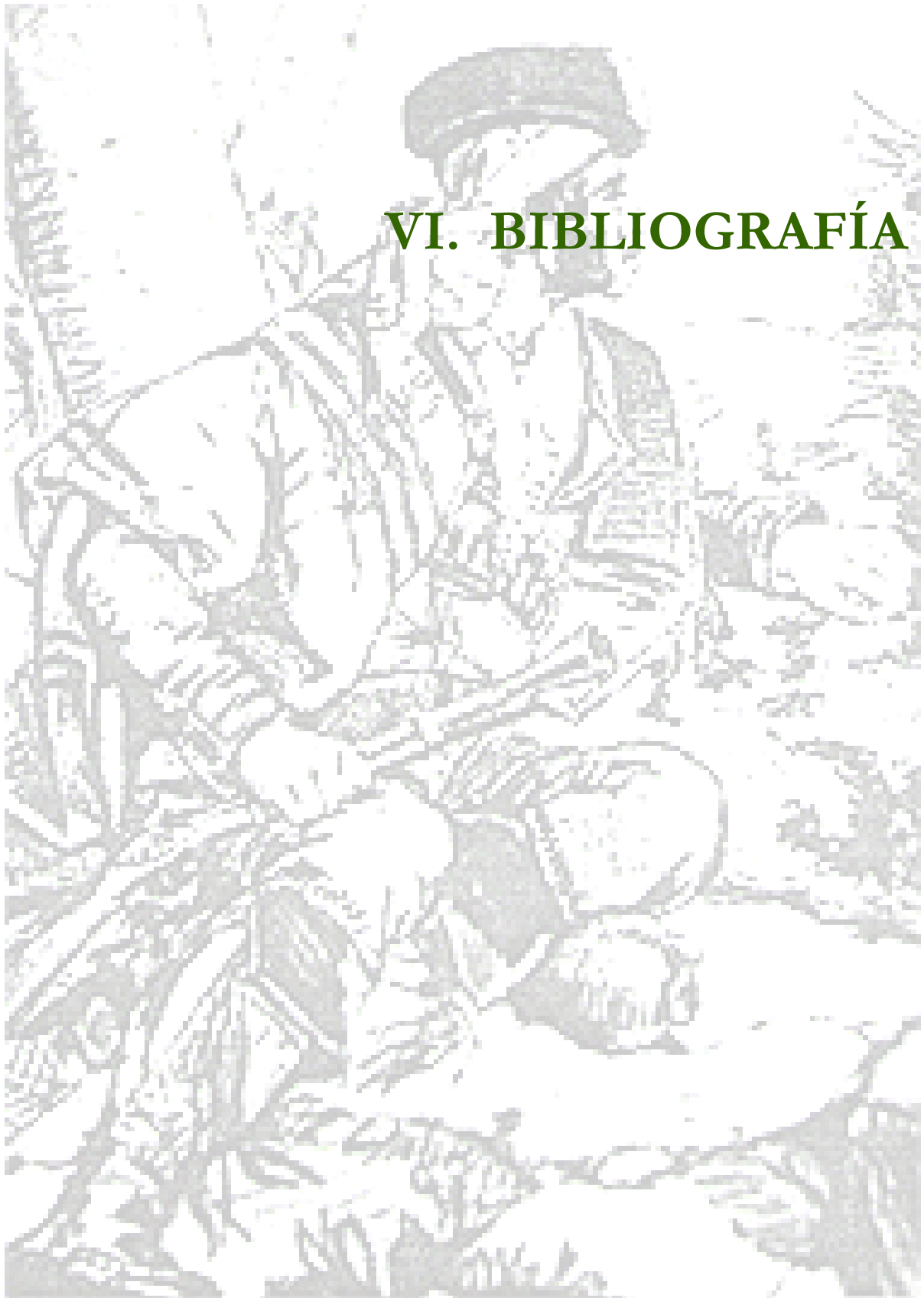
V. AUTORES

PARTICIPACIÓN COLECTIVA

Barrera Vázquez, José Miguel
Carranza Casillas, Ana
Castelblanco González, Marisín
Eiroa Escalada, Ángeles
Izquierdo García, Ignacio
López Alonso, José Antonio
Montoya Santos, Elisa
Muñoz Poyatos, Antonio
Pastrana Sánchez, Eva
Vargas Guitart, Mónica

Dirección: Aída Herreros Ara

VI. BIBLIOGRAFÍA



BIBLIOGRAFÍA BÁSICA:

- ANDERSEN, H. C.: *Viaje por España*. Alianza, 2005.
- BESAS, Peter: *Historia y anécdotas de las fondas madrileñas*. La Librería, 2009.
[proporciona 368 títulos y 117 estancias de viajeros].
- BORROW, George: *La Biblia en España*. Alianza, 2003.
- BRINCKMANN, Joséphine de: *Paseos por España* (1849 y 1850). Cátedra, 2001.
- CAMARGO, Joaquín: *Memorias del Vivillo*. Espuela de plata, 2008.
- CENTRO EDUCACIÓN AMBIENTAL VALLE DE LA FUENFRÍA. *La Sierra de Guadarrama. El sentimiento de las palabras*. Comunidad de Madrid. Consejería de Medio Ambiente y Ordenación del Territorio, 2006.
- DUMAS, A: *De París a Cádiz*. Sílex, 1992.
- FERNÁNDEZ GARCÍA, Matías. *Buitrago y su Tierra I*. Héroes, 1980.
- FERNÁNDEZ TROYANO, Leonardo. *Los pasos históricos de la Sierra del Guadarrama*. Editorial Paraninfo, S.A. 1990 y 1994.
- FORD, Richard: *Manual para viajeros por España*. Turner, 2008.
- GASPARIN, Condesa Valerie de: *Paseo por España*. Valencia, 1875.
- GAUTIER, Théophile: *Viaje a España*. Cátedra, 1998.
- GRUPO DE ESTUDIOS HISTÓRICOS. Depto. De transporte E.T.S.I.C.C.P. *Evolución histórica de los itinerarios del Noroeste en la Comunidad de Madrid*. Comunidad de Madrid, Consejería de Transportes.
- HUMBOLDT, Wilhem von: *Diario de viaje a España 1799-1800*. Cátedra, 1998.
- LARRA, Mariano José de: Artículos de costumbre. (Los titulados: *La fonda nueva*, *La diligencia* o *Impresiones de un viaje*).
- LERALTA, Javier. *Madrid. CVientos, Leyendas y anécdotas. Vol. 2*. Sílex Ediciones, 2002.
- LÓPEZ GARCÍA, José Miguel (director): *El impacto de la Corte en Castilla. Madrid y su territorio en la época moderna*. Siglo XXI Editores, 1998.
- LÓPEZ CANENCIA, Óscar, SANZ CANENCIA, Lourdes, SANZ CANENCIA, José Ángel. *Alameda del Valle, 700 años en la historia de un pequeño Rincón de la Sierra de Madrid*. Asociación Cultural El Refugio, Alameda del Valle, 2002.
- MENA, José M^a de: *Los últimos bandoleros: una historia del bandolerismo*. Almuzara, 2006.
- MÉRIMÉE, Próspero: *Cartas de España*. Renacimiento, 1999.
- ORTEGA CANTERO, Nicolás. *Paisaje y excursiones en la Sierra de Guadarrama*. Editorial Raíces, 2001.
- PÁGINA-1. N^o 3. *Bandoleros en la Sierra Madrileña*. M punto m, abril 2006.
- SANTOS TORRES, José. *El bandolerismo en España: una historia fuera de la Ley*. Editorial Temas de hoy, 1995.
- SOLER PASCUAL, Emilio: *Bandoleros: mito y realidad en el romanticismo español*. Síntesis, 2006.

WEB CONSULTADAS. Enlaces en Internet:

- http://www.cervantesvirtual.com/portal/romanticismo/actas_pdf/romanticismo_8/larios.pdf . *La visión romántica de los viajeros románticos.*
- <http://www.culturadelotro.us.es/actasehfi/pdf/csentaurens.pdf>http://www.dipualba.es/cea/Reportajes/matea_art/romances.htm *Romances sobre El Pernaes.*
- <http://www.culturadelotro.us.es/actasehfi/pdf/3minano.pdf> . *España, un viaje de Teófico Gautier a su época.*
- <http://www.culturadelotro.us.es/actasehfi/pdf/3solerpascual.pdf> *El trabuco romántico. Viajeros franceses y bandoleros españoles en la Andalucía del Siglo XIX.*
- <http://www.elecodelasierra.com>
- <http://www.galeon.com/bandoleros/moraleda.html>
- <http://hispanismo.cervantes.es/documentos/rodriguez.pdf> *El paisaje de España y de Andalucía en los viajeros románticos.*
- <http://www.historiademadrid.com>
- <http://www.ropdigital.ciccp.es>
- http://www.turismomadrid.es/ESPA/HIST/htm_Bandidos_Del_Guadarrama
- <http://aliens.sav.us.es/ehfi/actasehfi/pdf/3rodriguez.pdf>. *Hugo y Merimee: entre la España imaginada y la España vivida.*
- <http://www.ub.es/geocrit/geo98.htm> *Viajes y viajeros por la España del Siglo XIX.*